

PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE SANTIAGO GONZÁLEZ
LÁGRIMAS SOCIALDEMÓCRATAS, EL DESPARRAME SENTIMENTAL DEL ZAPATERISMO

Bilbao, 11 de noviembre de 2011

Intervención de Santiago González

Hace aproximadamente un mes, apenas salido este libro, me entrevistó una estrella de la radio, que abrió fuego –casi literalmente- con la siguiente pregunta: “¿A qué lumbrera se le ha ocurrido este título, Lágrimas socialdemócratas?”

“Pues sí que empezamos bien”, pensé –y creo que dije-para pasar a reivindicar la autoría. Mi falta de reflejos, como periodista por escrito que soy, me impidió responder con otra pregunta: ¿Qué habría dicho usted hace cuatro siglos después de mirar la portada de un libro firmado por un señor de Alcalá que se empeñó en titularlo “El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha?”

El caso es que yo acababa de publicar un libro titulado Lágrimas socialdemócratas, con metáfora que remite al exhibicionismo sentimental de unos gobernantes más propensos a explicar a su público cuánto sufren por él que a asumir sus responsabilidades. Y en esto que trece días después de esta entrevista, ETA dice en un comunicado que no lo va a hacer más.

Ese mismo fin de semana, en el gran acto electoral que los socialistas celebraban en el Kursaal, el candidato, el lehendakari y algunos dirigentes más rompen a llorar todos a una, como si fueran la familia del escritor judío Philip Roth en una de las primeras novelas que yo leí de este autor y que se titulaba justamente ‘El lamento de Portnoy’: : “Generalmente, mi madre llora en la cocina. Mi padre llora en la sala de estar -ocultando sus ojos detrás del Newark News-, Hannah llora en el cuarto de baño y yo lloro por el camino entre nuestra casa y la máquina tragaperras de la esquina.”

Ver a un ministro del Interior llorando a moco tendido y a un lehendakari que lo secunda en la llantina es más de lo que yo podía soñar como promoción para mi libro. Me admitirán que es una rareza.

El cineasta David Lynch hizo algo más de veinte años una serie que tuvo mucho éxito: ‘Twin Peaks’ (¿Quién mató a Laura Palmer?). En su primer capítulo aparecía un agente de la Policía local cuyos prontos sentimentales limitaban mucho su productividad. En cuanto llegaba al escenario del crimen y veía las huellas de la violencia: el cadáver, la sangre, el desorden de las cosas, se ponía a llorar como una vida mía. Uno pensaba entonces que aquel personaje era un hallazgo, pero que sus jefes no serían así y que puesto a trepar por la escala jerárquica se encontraría uno a tipos más duros.

No es así, como hemos visto. Del ministro del Interior para abajo todos lloran. He recibido desde aquel sábado cantidad de llamadas para preguntarme por algo sobre lo que ya se interesaba mi colega y sin embargo, Arcadi Espada cuando yo estaba escribiendo esto y el presidente del Gobierno soltaba uno de sus espectaculares lagrimones: “¿Cómo haces para que el presidente trabaje para ti?”

Uno de los pioneros de mi blog, que firma como Lindo Gatito contó a raíz de este hecho una anécdota extraordinaria de Diego Galán cuando fue director del Festival de Cine de San Sebastián. Había ido a la bella Donostia el actor Willem Dafoe con la película que él protagonizaba: “La última tentación de Cristo”, de Martin Scorsesse.

Galán tenía un problema: la afición a la bebida del actor, que llevaba ya trasegados tres o cuatro whiskies y aún faltaba un rato para la gala. El director pensó con buen criterio que no sería edificante para el público el espectáculo de un Cristo borracho en el palco de honor y consiguió arrancar a Dafoe de la barra del ‘María Cristina’ para llevárselo a ver las bellezas naturales de la ciudad, mientras se le despejaban los vapores.

Total, que paseaban por la Concha, hablando sobre la película y la belleza de la bahía. El actor se giró y vió a su derecha el Monte Urgull, coronado con la enorme estatua del Sagrado Corazón. Muy sorprendido, se volvió hacia su guía y le dijo con admiración:

“Joder, ¡Vosotros sí que sabéis promocionar una película.”

Hay gente más llorona que otra; ahí tienen a Moratinos, al que un cese ministerial convirtió en una Magdalena con trasposición de género. Bono contó hace quince días que Zapatero comunicó a una de sus ministras que pensaba destituirla en un posterior consejo de Ministros (y Ministras, claro). La dama cogió tal berrinche que allí mismo se encogió el ánimo del líder y se desdijo de lo dicho, actividad para la que, por otra parte, siempre ha mostrado una encantadora facilidad.

A la luz de tanta sensibilidad, ya sabemos por qué a Felipe González se le planteaban problemas tan graves cada vez que tenía que hacer crisis de Gobierno. ¿Qué hacer si los cesantes rompen a llorar?

Dirán quienes han leído el libro que las lágrimas de quienes han sido apeados del Ministerio y el coche oficial, no son de naturaleza socialdemócrata, sino que se corresponden con el duelo por algo real que se ha perdido. Pero hace mal efecto que lloren los ministros al quedarse en paro, mientras millones de parados de a pie muerden la bala con el lagrimal enjuto. Hemos sobrepasado ya el punto de alarma que definía Woody Allen: “mi psicoanalista me llama llorando a las tres de la mañana”.

Lo del llanto de San Sebastián fue otra cosa: eran lágrimas de felicidad por la paz reconquistada, aunque enunciada en unos términos escasamente reconocibles, tal como lo hizo el candidato Rubalcaba: “les hemos quitado las bombas y ahora les vamos a quitar los votos”. Entiendo la intención. Se trata de asentar un relato democrático sobre todo esto.

Pero es mejor que hagamos este cesto con mimbres de la realidad, no inventados. No les hemos quitado las bombas, ni siquiera las han entregado por su propia voluntad. ¿Y qué quieren que les diga sobre quitarles los votos? ¿Cómo se puede decir eso, precisamente en San Sebastián, donde un tipo de luces manifiestamente mejorables le quitó hace cuatro meses la vara de mando a Odón Elorza, después de cinco mandatos, veinte años consecutivos como alcalde?

Milan Kundera describe en 'La soportable levedad del ser' a un senador que señala a su acompañante a unos niños que corren por el césped y dice: "A esto lo llamo yo felicidad". El kitsch, explica después Kundera, provoca dos lágrimas de emoción, una inmediatamente después de la otra. La primera lágrima dice: ¡Qué hermoso, los niños corren por el césped!

La segunda lágrima dice: ¡Qué hermoso es estar emocionado junto con toda la humanidad al ver a los niños corriendo por el césped! Es la segunda lágrima la que convierte el kitsch en kitsch. Éstas segundas son las que yo llamo lágrimas socialdemócratas.

¡Qué hermoso es estar emocionados al ver a los ciudadanos emocionados por haber alcanzado la paz! Lo que caracteriza a estas lágrimas no es propiamente la sentimentalidad, sino, en parte sus excesos, como las del Kursaal de San Sebastián, en parte su impostación.

Los ciudadanos no esperamos –no deberíamos esperar– que los políticos sean simpáticos, amables, tengan buen rollito y se empeñen en ser amigos nuestros. No los queremos para salir los sábados, sino para gestionar los asuntos que afectan a nuestro patrimonio y a nuestras libertades con eficiencia y honestidad, a ser posible.

Lo malo de la sentimentalidad impostada y excesiva de la que trata este libro no está en ella misma sino en su carácter sustitutivo. Ofrecen el espectáculo de sus sentimientos en vez de el cumplimiento riguroso de sus responsabilidades.

El resultado es una producción de Cecil B. De Mille, una cosa a medio camino entre Los 10 Mandamientos y El Mayor Espectáculo del Mundo.

Al servicio de la exhibición sentimental vale todo: la reconstrucción de la historia familiar y el tuneado del árbol genealógico; la crónica de un advenimiento; un retrato del entorno familiar que pide los pinceles de Murillo; el oxímoron de un presidente que se pretende no gubernamental; el complejo de superioridad moral de la izquierda; el progresismo como religión alternativa, todo ello narrado con un uso libérrimo y desacomplejado de las palabras y desde unos conceptos manifiestamente mejorables desde el punto de vista teórico.

Es lógico. Alguien que, según confesión propia, repite muchas veces la máxima que le explicó un sencillo pastor a orillas del río Cueño: "Sólo las cosas que se aprenden sin estudiar no se olvidan", tiene un concepto surrealista de lo que es el conocimiento, confundiéndolo con actividades psicomotrices básicas: andar, nadar, montar en bici, copular and so on.

Él tenía el poder desmitificado, según confesó a Millás. Por eso le decía cada noche a su mujer: "No sabes, Sonsoles, la cantidad de cientos de miles de españoles que podrían gobernar". Con un banquillo tan desmesurado, le debe de resultar fácil hacer cualquier alineación. Claro que eso explica la composición y el resultado de la mayoría de sus gobiernos.

Está la relación del líder con sus fieles, de una veneración que bordea el culto a la personalidad, afianzada cada vez que se presenta la ocasión por alguien que no para de ofrecer el espectáculo de su bondad y de contar (o de recabar) el amor de su pueblo que merece. Es lo que le lleva a sostener con Gabilondo el 18 de diciembre de 2008 este diálogo ejemplar:

I.G.-¿Le noto más encerrado? ¿Hace cuánto que no sale a cenar o al cine? ¿Ha caído ya en el famoso síndrome de la Moncloa?

J.L.R.Z.- “Salgo menos, pero no estoy encerrado. Salgo para ayudar a los parados y a los jóvenes porque España me necesita”.

Tampoco está mal lo que dijo en solemne rueda de prensa en La Moncloa el 10 de febrero de 2006:

“Llevo muy grabado en mi memoria lo primero que le dije al señor Aznar cuando fui elegido líder de la oposición y vine aquí, a Moncloa. Lo primero que le dije, según me senté, después de las felicitaciones de cortesía, fue: “Presidente, quiero que sepas una cosa: nada me haría más ilusión como responsable político que ver el fin del terrorismo siendo tú Presidente del Gobierno y yo líder de la oposición. Por ello cuentas con mi total apoyo en esta tarea, incondicional”. Eso fue lo primero que le dije al señor Aznar”.

Hombre, no. Forzosamente tenía que haber algo que le hiciera más ilusión: siendo yo el presidente del Gobierno y tú el líder de la oposición. Pero el objeto del relato no es nunca describir los hechos, sino apuntalar el ideal y servir a sus necesidades de presente. Si se habla de feminismo no se cortará al decir: “una vez, una mujer embarazada me dijo en Cádiz: “Gracias en nombre de todas”.

Lágrimas socialdemócratas es un recorrido por la década pasada y abarca la vida política de Zapatero, con especial insistencia en su Presidencia del Gobierno. Es también, un análisis de su lenguaje, de su relativismo epistemológico, de su buenismo, que en definición de Bret Stephens, que llevó a su columna Carlos Rodríguez Braun, es la actitud de aquellas personas que, fundamentalmente, quieren ser vistas como buenas, lo que da lugar a un desfile de historias ejemplares de progresistas contadas, precisamente. en la perspectiva de la ejemplaridad moral que persiguen. Todo está expuesto con sus propias palabras, documentadas muy precisamente y apenas calificadas.

Esto lo he querido así, porque en mi entorno afectivo hay muchas personas que votaron a Zapatero en 2008, llenas de buena fe y de ninguna manera he querido ofenderles. Por otra parte, los comprendo muy bien en su desconcierto presente. ¿Cómo es posible que ese Zapatero que era el orgullo indiscutido de los colores, pase a ser de la noche a la mañana una vergüenza a la que se esconde detrás de la cortina? Al escribir este libro quería ayudar a esta gente a la que aprecio a entender su error de apreciación.

Equivocaciones ajenas es un problema y al escribir un libro de estas características se corre el riesgo de hacerlo desde la omnisciencia: “yo, que nunca me equivoco, os voy a afear vuestros errores”. O “yo que no estoy contaminado por vuestra sentimentalidad, voy a explicaros cómo son las cosas. Esta es la razón de que el primer capítulo y el último dejen asomar el ‘yo’ del narrador. No para hacer una autobiografía, sino para exponer mis propios sentimientos socialdemócratas. Yo he sido uno de los vuestros y he hecho y he dicho tantas tonterías como el que más.

Por cierto, que he visto en Wikipedia una nota biográfica sobre mí que dice: “Militó en el Partido Comunista de España en la clandestinidad, a principios de la década de 1970, en la

célula de Sorriko (sic)". Hombre, eso estaría bien para iniciar una biografía de Federico Sánchez o de la Pimpinela Escarlata, pero debo confesar humildemente que yo no llegué a nada en el comunismo, (bueno, al comité de la margen derecha) y que esta militancia tiene un interés muy relativo. La he incluido porque me parecía necesario dar cuenta de mi propia sentimentalidad de izquierdas ya que iba a analizar la de terceros. Por otra parte, lo mío en la célula de Sarriko fue a mediados de los 70, no a comienzos, ya había muerto Franco y aquello, ni era clandestinidad ni nada, como cuento en el libro precisamente para falsar la obsesión por la memoria histórica. Me he visto obligado a corregir estos detalles, no vaya a ser que acabe denunciado como un farsante que se inventa heroísmos clandestinos, como algunos personajes de este libro se inventan abuelos heroicos y silencian a los inadecuados en un ejemplar bricolage con su árbol genealógico.

92 años después de que Max Weber acuñara los conceptos de ética de la convicción y ética de la responsabilidad en aquellas dos conferencias que pronunció en la Universidad de Munich, hemos vivido bajo la ética de la convicción en estado puro, con desprecio a todo lo demás. Esto es lo que hay, queridos y queridas. Lamento no haber estado a la altura para haber acompañado al candidato Rubalcaba y a mi lehendakari, que es el vuestro, en la llantina del sábado. Pero como decía una vieja copla:

¿Cómo no lloras, Simón,

le pregunta la tía Eustoquia

Yo no soy de la pirroquia,

y los que lloran, lo son.

Por otra parte, a uno le gusta mirarse en una canción de Sabina, que le proporcione una visión de sí mismo más heroica, otra querencia sentimental, 'La del pirata cojo':

No soy un fulano con la lágrima fácil

de esos que se quejan sólo por vicio,

si la vida se deja yo le meto mano,

y si no, aún me excita mi oficio.

Yo, como dijo en memorable ocasión el maestro Umbral, sólo he venido aquí a hablar de mi libro y espero haberles estimulado las ganas de leerlo. Muchas gracias.